

La habitación rosa

Santiago Ricciardelli Dusseldorp

Image not found.

Capítulo 1

Guillermo se encontraba, como todos los martes a las 19 horas, en una nueva clase de estadística, en el segundo piso de su facultad. Estaba aburrido, como cada martes, viendo el pizarrón sin mirar, ignorando las preguntas y quejas constantes de los otros alumnos, y mucho más las respuestas lentas y poco informativas de las dos profesoras.

—Guille —lo trajo nuevamente al mundo Clara, una amiga que le había traído la universidad, siempre sonriente y educada, de pelo castaño claro, alta y huesos anchos— ¿qué dijo del parcial?

—Que va a ser fácil— contestó él, sin fingir que prestaba atención.

Gabriel, otro de sus amigos del grupo, flaco, alto y nervioso, le contestó lo correcto a Clara, y ambos siguieron prestando atención. En cambio, Juan, miraba por la ventana, con la misma cara de aburrimiento que él.

—¿Y si nos vamos?— le dijo en voz baja a su amigo Juan.

—Mirá esa casa —le respondió, ignorándolo, el sujeto un poco más alto que él, flaco y destartalado de años sin hacer deporte alguno.

Guillermo la miró con poco interés. Simplemente era una casa vieja con un cuarto rosa, muy iluminado; parecía la habitación de una niña, perfectamente ordenado y con la ventana abierta de par en par.

—¿Qué tiene de raro?— quiso saber.

—Es que siempre que venimos está igual —respondió Juan—. Muy iluminado, casi brillante, pulcramente ordenado y nunca vi ninguna niña jugando, solo una señora que a las 20 en punto cierra las ventanas.

Los minutos de clase pasaron, y no fue hasta las 20:01 que Juan le dijo de irse a tomar algo y esperar que el resto de los compañeros salgan de la clase. Casi sin querer, Guillermo, miró para la calle, en el lugar donde se encontraba aquel cuarto, y descubrió que, efectivamente, la ventana estaba cerrada.

No fue hasta el martes siguiente que Guillermo volvió a pensar en aquel cuarto rosa. Como cada martes, se encontraba aburrido, viendo sin mirar a sus aburridas profesoras, cuando notó que Juan miraba por la ventana compenetrado, completamente ido de la clase.

El cuarto estaba exactamente como lo recordaba el martes anterior; rosa, ordenado, hasta un poco más brillante, y recién pasadas las 20 horas,

Juan le preguntó si quería marcharse a otro lugar.

El mismo ritual se siguió repitiendo, por lo que, Guillermo, empezó a prestar mayor atención al cuarto en cuestión. Era hermoso a su manera, siempre brillante, transmitía una paz casi hipnótica. Tanto que cuando se quiso acordar, solo miraba a través de aquella ventana, como soñando despierto, enfocándose en los detalles de la habitación, con todo alrededor nebuloso, y cuando alguien lo traía de vuelta al mundo, por lo general Clara, se sobresaltaba.

Con Juan ya no hablaban al respecto, pero religiosamente observaban la habitación hasta las 20 horas, cuando una señora, de unos 80 años, o más, entraba a paso lento, apoyándose con dificultad en su bastón de madera pulida, y con frágiles movimientos cerraba la ventana, luego las cortinas y por último las persianas. El rosa, en aquel momento, parecía desaparecer un instante para luego hacerse más fuerte, atravesando el encierro sin dificultad. Como un hechizo que se terminaba, a las 20 horas y un minuto, ambos despertaban y abandonaban la clase.

Guillermo comenzó a tener cada vez más pesadillas por la noche, siendo el común denominador, el cuarto rosa. En el último de ellos, caminaba por un bosque, con sus pisadas amortiguándose en un colchón de pasto alto y parejo, cuando llegó a una cabaña rosa. No quería entrar, pero necesitaba algo de descanso, comida y agua, por lo que terminó cruzando el umbral. Adentro era como un cuarto de una niña, con una fuerte iluminación rosa, pero no había nadie, por lo que se dirigió a una pequeña cocina. Cuando no había hecho más de dos o tres pasos, la puerta se cerró y una sombra creció en las paredes, sofocándolo hasta que lo obligó a despertarse.

Después de bañarse, comió algo y volvió a ir a la clase de estadística. Pero algo curioso pasó esa vez, Juan no fue a clase, algo siempre raro en el puntual sujeto.

Aquel día no se alarmó, quizás solo se había quedado estudiando, o se sentía mal. Pero las pesadillas continuaron y el martes siguiente, Juan, tampoco apareció.

Cuando le intentó mandar un mensaje a su celular, este le contestó que no pasaba nada, que se había ido de viaje; pero aquello le alarmó más todavía. El léxico y la forma despreocupada no sonaba como Juan.

En eso pensaba mientras miraba absorto el cuarto rosa, esperando que sean las 20 horas para que la señora rompa el hechizo. Pero no fue una señora quien entró al cuarto a paso lento; no, quien había entrado tenía la vitalidad de la juventud. Se acercó mucho más rápido a la ventana, siendo en un principio borroso, pero luego esperó junto a ella, mirando el reloj

unos instantes, para luego repetir el proceso de todos los martes.

Guillermo debió expresar mucho miedo en su rostro, pues Clara, con cara de preocupación, le preguntó qué sucedía. Pero él no pudo responder, simplemente salió cuanto antes del aula.

Le había costado reconocerlo, su rostro tenía mayor palidez, su caminar más trabado y anti estético que nunca, y su mirada parecía perdida en otra dimensión, pero sin duda era Juan. ¿Qué hacía Juan en esa casa? Debía averiguarlo.

Durante toda aquella semana trazó su plan. Tocaría la puerta diciendo que necesitaba hablar con ella para una monografía universitaria, presentándose como un estudiante de su facultad, cruzando la cuadra. Diría que hacía un trabajo sobre el casco viejo del barrio y aquellos que habitaban las antiguas casas. De esa manera, podría pedir ver el cuarto y buscar si no estaba allí su amigo desaparecido.

Claro que debía tener cuidado. Si bien Guillermo no creía en lo sobrenatural, aquella señora podría no encontrarse sola; quizás Juan había sido secuestrado, o tal vez drogado. Por las dudas tendría un cuchillo encima y no bebería nada que le ofreciera la dueña.

Casi sin dormir y hundido en un mar de preguntas, llegó el martes.

Caminó nerviosamente a la puerta y con dos fuertes golpes hizo notar su presencia. Los golpes hicieron crujir la vieja madera de la puerta y retumbaron como si detrás hubiese un cuarto vacío y pequeño. La puerta se abrió con un suave chirrido.

—Buen día, ¿hay alguien en la casa?— Preguntó empujando la pesada puerta para terminar de abrirla.

No hubo respuesta.

Dio un paso adentro de la casa y la cerró tras él. Algo en él, su lado que recordaba todo lo aprendido en 21 años en la ciudad, le indicaba que debía esperar allí y volver a llamar hasta ser atendido. Pero no lo hizo. Lo más sigilosamente que pudo, terminó de entrar y, suavemente, cerró la puerta, que ignorando la lentitud de los movimientos de Guillermo, chirrió aun más que cuando fue abierta.

Al encontrarse adentro, sintió un suave mareo, producto de la diferencia de sonidos y luces del exterior y el interior. Ya no se escuchaba transeúntes, ni tampoco automóviles, la luz era ténue y el ambiente pesado.

El piso de madera parecía hundirse y quejarse a cada paso que daba el estudiante, y las cortinas, completamente cerradas, solo dejaban escapar rendijas de luz que ayudaban a medir las proporciones de la enorme y, prácticamente, vacía sala de estar. Al final de ella se veía una luz saliendo de un pasillo.

Con el cuchillo en mano, caminó lentamente hacia la luz. El suelo de madera continuaba su pequeño recital, que penetraba los oídos de Guillermo, irritándolo y haciéndolo temblar de desesperación. Se detuvo a la mitad de la sala a suspirar, sentía que sino lo hacía, su corazón le saldría por la boca. Continuó el recorrido lo más alerta que pudo.

Al llegar al final de la sala principal, vio que la luz salía de otro cuarto al final del pasillo. Ya no podía acobardarse, por lo que siguió.

Cuando se acercaba al final del pasillo sintió un sonido constante, que no tardó en descifrar: el movimiento de una silla mecedora que iba y venía de arriba a abajo sin detenerse por un instante.

Cruzó a la siguiente habitación escondiendo el cuchillo en un arrebato de coherencia. La nueva sala era similar a la anterior, aunque un poco más chica y con un velador prendido sobre una mesita de luz antigua. Junto a ella estaba la silla meciendo, bajo el decrepito cuerpo de una anciana que tejía unos guantes grandes y negros.

Todo el cuarto quedó en silencio cuando la anciana dejó de mecerse para mirar a su visitante. No se sorprendió ni mostró temor, sino que por el contrario, sonrió y siguió tejiendo.

Guillermo intentó decirle todo lo planeado, sobre su trabajo para la facultad y que necesitaba hablar con ella, pero las palabras se le atragantaron en un nudo en la garganta.

—¿Dónde está Juan?— Fue lo único que pudo decir.

—Juan no puede salir —dijo maternalmente la anciana—. Vienes por el cuarto— añadió con una sonrisa.

—¿Qué es esto?— Dijo acercándose con el cuchillo en mano.

—Eso no te servirá aquí —sonrió ella—, acompáñame.

La anciana se levantó suavemente y se dirigió a unas escaleras al otro lado de la sala. Para sorpresa de Guillermo, las subió casi sin dificultad, a pesar de su apariencia de fragilidad.

—Ya casi es hora— dijo mirando su reloj, la señora.

Guillermo mantenía la distancia, con el cuchillo por delante de él, aunque, muy en el fondo, sentía que había cometido el peor error de su vida.

El cuarto era casi como lo recordaba cuando vio que Juan cerraba las ventanas, cortinas y persianas. Entonces observó como, a pesar de estar la luz prendida, todo parecía perder vitalidad; el rosa de las paredes comenzó a volverse opaco, sucio y con manchas de humedad, la cama reluciente de a poco se convirtió en algo viejo, abandonado y lleno de polvo, los juguetes estaban rotos y sucios, y las telarañas estaban en cada rincón.

Juan pasó junto a Guillermo sin interés. Lo miró como quien veía a un desconocido por una calle concurrida, y siguió de largo.

Cuando volvió, minutos después, traía a una joven adolescente, quien forcejeaba en vano contra un, sorprendentemente fuerte, Juan. La joven no se daba por vencida, pateando y tirando manotasos, suplicando a Guillermo y a su captor que la dejaran ir.

Guillermo, a pesar del horror, no pudo mover un músculo. En el fondo, una voz le gritaba que agarrara el cuchillo y matara a la anciana, e hiriera a Juan lo suficiente para que la deje ir, ser el héroe. Pero su cuerpo ya no le pertenecía.

Sus manos... sus manos sentían algo extraño. De un parpadeo al otro, tenía guantes sobre sus dedos y su palma, los guantes que había estado tejiendo la anciana.

Todo el resto fue como un lejano recuerdo, en el cual el tiempo y el espacio se desconectan, y la realidad no parece tan conocida.

Juan, con un rápido movimiento, cortó el cuello de la joven, quien fue perdiendo la vida a medida que la sangre salpicaba sus cabellos dorados, los guantes negros de su captor y, sobre todo, el suelo de aquel cuarto. Sus ojos sin vida dejaron de suplicar para pasar a condenar a Guillermo, quien los miraba atónito, desde la profundidad de una cueva.

La cama volvió a parecer nueva y prolija, como la de una niña que es regañada por sus padres cada mañana, las muñecas ya no estaban sucias y rotas, sino que parecían compradas ese mismo día, las telarañas desaparecían mientras las paredes volvían a resplandecer de un color rosa más vivo que nunca.

—¿Ahora lo entiendes?— le dijo la anciana mirándolo a los ojos—, debes

mantener vivo el cuarto, debes mantener viva a mi hija.